

Los jesuitas en Baja California*

La península de Baja California es una angosta lengua de tierra de 126 Km. de longitud, bañada por el Océano Pacífico (al oeste y sur) y por el Golfo de California (al este). Situada al noroeste de México, tiene su origen en los movimientos tectónicos producidos por las grandes fracturas longitudinales de los relieves de Sierra Nevada y del valle de California; sus tierras están formadas por un núcleo granítico que aflora discontinuamente, recubierto en parte por depósitos mesozoicos y por grandes coladas de lava de las erupciones terciarias y cuaternarias. Toda ella está atravesada por un espinazo montañoso en dirección NO-SE (con alturas de hasta 3390 m.s.n.m. en el norte) que caracterizan su orografía de sierras con grandes mesetas fracturadas, especialmente escarpadas en la costa del Golfo, y algunas planicies en la costa occidental.

El clima es muy árido, como el que caracteriza la zona suroeste de Norteamérica, con un régimen muy escaso de pluviosidad en el centro y norte de la península y algunos chubascos más intensos en el sur; a esto hay que añadir que el abrupto relieve no permite unos cursos de agua de considerable caudal, lo que ha provocado auténticos desiertos en algunas planicies de la costa occidental y sólo permite la práctica de la agricultura en alguno de sus valles, especialmente en el sur de la península.

Justamente su situación de relativo aislamiento respecto al continente y demás características geográficas, han hecho de esta península un área de especial interés, tanto por lo que se refiere a su población aborigen, grupos de cazadores-recolectores de filiación no conocida hasta el momento, como por la necesidad y modo de ocupación europea. En esta ocasión trataremos de cómo se llevó a cabo la colonización europea dirigida por los misioneros jesuitas y de la relación que mantuvieron con los indígenas californianos según sus propios documentos escritos.

* Trabajo realizado dentro del proyecto becado por la C.I.C.Y.T. (nº PB 87-1050).

El modelo de California y los primeros viajes

A principios del siglo XVI, circula una leyenda por Europa descrita en el libro V de *Amadís de Gaula*, las sergas de Esplandián, según las cuales al Este de la India había una isla muy rocosa poblada por amazonas y muy rica en perlas y oro. Cuando Hernán Cortés encontró California creyó haber dado con esta mítica isla gobernada por la reina Calafia (W. M. Mathes 1982b: 97-98).

Ciertamente, cuando Cortés es autorizado a explorar el Mar del Sur y nombrado «adelantado» de este mar (J. A. Cota Sandoval 1982: 22) organiza tres expediciones para encontrar nuevas tierras. En 1532 envió dos navíos que fracasaron al perderse uno de ellos y regresar precipitadamente el otro a causa de un motín de la tripulación. Pero rápidamente Cortés organizó otro viaje en 1534 al mando de Diego Becerra de Mendoza y Fernando de Grijalba; este último tuvo que regresar a puerto, mientras que el primero fue asesinado en un motín dirigido por Fortún Giménez, quien consiguió llegar a las costas de California, concretamente al puerto que llamaron Seno de la Cruz (actual La Paz), en donde fue muerto junto con muchos de sus hombres después de un altercado con los indígenas. Finalmente, Cortés decidió mandar él personalmente una expedición que en 1535 llegó al mismo puerto del Seno de la Cruz; este viaje también fue castigado por las tempestades del Golfo de California —al que llamaron Mar de Cortés— y, aunque se realizaron algunas exploraciones en la Península, la expedición sufrió numerosas bajas a causa del hambre, de manera que finalmente tuvieron que regresar para acallar los rumores que corrían en México sobre la muerte del conquistador. Después de estas tres tentativas, Cortés aún insistió con otra campaña de exploración a cargo de Francisco de Ulloa en 1537, quien recorrió el Golfo o Mar de Cortés hasta llegar a la desembocadura del río Colorado, apercibiéndose de que California no era una isla, sino una península¹.

Estas primeras incursiones a California por parte de Cortés tenían por objeto conquistar nuevas tierras y riquezas —especialmente la explotación de perlas que se especulaba con poder llevar a cabo— y dominar el Océano Pacífico para controlar las rutas de Asia; y fue por esta razón que contó con la oposición activa de Nuño de Guzmán, quien desde las tierras de Nueva Galicia, pretendía tener costa en el Atlántico y en el Pacífico para aprovecharse del comercio entre Asia y Europa, de manera que no le convenía que Cortés le cortara su salida al Pacífico desde California. Sin embargo, los problemas que Guzmán tiene para mantener sus territorios conquistados hacen que abandone sus pretensiones de obtener California (J. M^a Muriá 1982: 70-71).

Durante el siglo XVI se realizaron otras expediciones; entre ellas destaquemos la de Hernando de Alarcón —quien también exploró el Golfo de California comprobando la peninsularidad de ésta— y la primera de Sebastián Vizcaíno quien en 1596, tiene la orden de Felipe II de buscar el estrecho de Anián, y establecer algún puerto que sirviera como fortificación para hacer frente a los piratas que ya entonces atacaban los barcos que navegaban por el Pacífico y se escondían en las costas californianas

¹ Si bien este viaje de Francisco de Ulloa (1537) y otro posterior de Hernando de Alarcón (1539) comprobaron la peninsularidad de California, ésta fue considerada una isla hasta que el Padre jesuita Eusebio Francisco Kino estableció definitivamente en 1701 que se trataba de una península (según F. X. Clavijero 1982: 106-107). En opinión de W. M. Mathes, la razón de ello debe buscarse en el interés de animar a los exploradores a buscar una ruta, por un mar interior, del mítico estrecho de Anián que uniera el océano Atlántico con el Pacífico (W. M. Mathes, 1982b: 98).

(Clavijero 1982: 76); Vizcaíno hace un nuevo reconocimiento del Golfo y se establece en el antiguo Seno de la Cruz, al que nombra como puerto de La Paz, donde intenta establecer una población permanente con la atracción que supuso la explotación de las perlas, pero el aislamiento y los conflictos internos de su gente hacen que este intento fracase (W. M. Mathes 1982a: 32).

En 1602, Vizcaíno realiza otra expedición, esta vez por la costa occidental de la península, pero nuevamente la falta de provisiones y el escorbuto le obligan a desistir de la empresa. Posteriormente, Felipe III le encarga otro viaje en 1606, pero éste no se lleva a cabo a causa del fallecimiento de Vizcaíno. Durante todo el siglo XVII la corona otorga distintos permisos de explotación de perlas a particulares, con la misión de explorar la península y establecer poblaciones permanentes, pero ello no fue posible; distintas expediciones intentaron establecerse en California, pero la falta de provisiones en una tierra que no ofrecía grandes posibilidades de aprovisionamiento a los europeos, y el tener que cambiar la ruta prevista para ir a auxiliar a la Nao de China cuando tenía problemas con los piratas, impidieron que durante todo el siglo XVII, California tuviera una población regular sometida a la corona española².

Nuevamente, en 1677, Carlos II da órdenes al virrey de México para que organice una nueva expedición a California, la cual fue encargada al almirante Isidro Atondo y Antilló, quien zarpa del continente en 1683 en compañía de tres jesuitas, entre ellos Eusebio Francisco Kino. Durante este viaje tuvieron lugar varias escaramuzas contra los indios, lo cual no impidió que los jesuitas empezaran una labor de evangelización y de estudio de las lenguas de los aborígenes californianos. Pero una vez más, la falta de provisiones y el parco resultado material que ofrece la expedición, obligan a abandonar la Península; sin embargo, este viaje provocará el interés del padre Kino de evangelizar California, por lo que inmediatamente después de su regreso empezó a solicitar ayuda y permisos a la Audiencia de la Nueva Galicia, al virrey de México y al mismo rey, así como a reclutar misioneros para la colonización de California.

El modelo de colonización jesuita

*Establecimiento de las misiones*³

Los intentos fallidos que durante todo el siglo XVII se produjeron para colonizar California, provocaron reservas a la hora de aceptar las peticiones que en este sentido realizó el padre Kino; sin embargo, en febrero de 1697, Kino y el también jesuita Juan M^a Salvatierra, obtuvieron la licencia del virrey según la cual se les reconoció el derecho de colonizar California. Esta autorización implicaba que los misioneros debían establecer un lugar permanente de población y se encargaban de explorar la Península; en un principio el Real Erario no debía participar de los gastos del establecimiento de las misiones, e incluso los soldados necesarios para la colonización tenían

² Respecto a las expediciones del s. XVII ver: F. X. Clavijero (1982), E. J. Burrus (ed.) (1962) y W. M. Mathes (1982a).

³ Para la historia del establecimiento de los misioneros jesuitas en la península de California ver F. X. Clavijero (1982).